

**LA VOCACIÓN FILOLÓGICA DE JAIME CAMPmany. ENTRE EL RIGOR
Y EL DESENFADO. ANÁLISIS DE TRES EJEMPLOS EN SU ESCRITURA
ENSAYÍSTICO-PERIODÍSTICA**

**THE PHILOLOGICAL VOCATION OF JAIME CAMPmany. BETWEEN
RIGOR AND NONCHALANCE. ANALYSIS OF THREE EXAMPLES OF HIS
ESSAYISTIC-JOURNALISTIC WRITING**

Diego Vadillo López
Universidad Complutense de Madrid
IES Sapere Aude
diego.vadillo@iessapereaude.com
<https://orcid.org/0000-0002-6771-0336>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.158>

Fecha de recepción: 26.12.2022 | Fecha de aceptación: 27.04.2023

RESUMEN

Jaime Campmany fue un prolífico escritor cuya mayor parte de su obra literaria transcurrió por las páginas de los periódicos; en las últimas décadas de su trayectoria por las del diario *ABC*; también fundó y dirigió la revista *Época*. Muy prontamente, Campmany mostró un gran interés por el lenguaje. Dicho gusto por el idioma castellano, en todas sus variantes, desde el cultismo al vulgarismo, lo metabolizó y siempre se mostró vigilante ante los usos sociales de los distintos vocablos. Asimismo, contribuyó a conformar muchos neologismos que harían fortuna tras ser divulgados en la prensa. Por ello, el objeto de este trabajo será indagar en las claves filológicas de las aportaciones literarias en prensa de este escritor. Se partirá de la hipótesis de que, entre los motivos atendidos en sus escritos periodísticos, Campmany gustó habitualmente de tratar sobre cuestiones lexicológicas, lo que dotaba de una impronta filológica a su columnismo, ya que el abordaje que llevaba a cabo no era meramente lingüístico, sino que, además, en muchos casos, trazaba el itinerario seguido por determinadas palabras, esto es, indagaba al respecto del contexto donde pudo surgir y en los que evolucionó a través del paso del tiempo. Ejemplo de lo antedicho son los escritos de este autor aquí tratados que fueron compilados bibliográficamente en sendos volúmenes: *Cartas batuecas* (1992), *El jardín de las víboras* (1996) y *Doy mi palabra* (1997). Siguiendo un criterio hipotético-deductivo se desentrañan en este artículo los modos filológicos empleados por Jaime Campmany en sus escritos en prensa.

PALABRAS CLAVE: Jaime Campmany, columnismo, filología, estilo literario, léxico.

ABSTRACT

Jaime Campmany was a prolific writer whose most of his literary work was published in the pages of newspapers; in the last decades of his career in the *ABC* newspaper; he also founded and directed the magazine *Época*. From an early age Campmany showed a great interest in language. The object of this work will be to investigate the philological keys of the literary contributions in the press of this writer. This will be our hypothesis: Campmany metabolized this taste for the Castilian language, in all its variants, from cultism to vulgarism, and was always vigilant about the social uses of different words.

Likewise, he contributed to the creation of many neologisms that would become successful after their dissemination in his press tribune. Among the subjects covered in his journalistic writings, Campmany often liked to deal with lexicological issues, which gave a philological imprint to his columnism, since the approach he took was not merely linguistic, but also, in many cases, he traced the itinerary followed by certain words, that is, he inquired about the context in which they may have arisen and in which they evolved over time. An example of the aforementioned are the writings of this author that were bibliographically compiled in two volumes: *Cartas batuecas* (1992), *El jardín de las víboras* (1996) and *Doy mi palabra* (1997). With a hypothetical-deductive method we will observe the philological work of Campmany in the newspaper.

KEYWORDS: Jaime Campmany, columnism, philology, literary style, lexicon.

INTRODUCCIÓN

Jaime Campmany siempre manifestó una inquietud léxico-semántica desde dos perspectivas: de manera indirecta mediante el uso de un léxico discriminado, vario e infrecuente en las tribunas de prensa, así como en la mayor parte de las obras literarias que jalonaron su contemporaneidad; de manera directa, cuando gustaba, por ejemplo, de teorizar al respecto de algún vocablo y de su procedencia y evolución.

Indagaba, razonaba y divulgaba de forma amena y, por lo general, jacarandosa cuando trataba acerca de determinadas palabras, explorando sus acepciones o explotando sus posibilidades neológicas, o sugiriendo a la Academia la entrada en el *Diccionario* de términos cuyo uso generalizado pudiera hacer pertinente su aupado a tan insigne registro.

Aúna Campmany las facetas periodística, literaria y filológica; esta última en su vertiente fundamentalmente lexicológica, toda vez que con prontitud el escritor murciano se reveló diestro usuario del lingüístico acervo castellano (Fernández Jiménez, 2021).

Además, gustaba de historiar los itinerarios seguidos por determinadas palabras, así como de resucitar términos añejos o en proceso de extinción. De esta forma, dotaba de contexto y perspectiva a no pocos usos lingüísticos, haciendo consciente al lector de buena parte de su patrimonio idiomático. Era, por lo tanto, la suya una labor de recuperación y preservación del patrimonio lingüístico castellano, mas dicha tarea no era asumida como objetivo en sí misma, sino que habituaba a emerger cuando Campmany tomaba la excusa de abordar tal o cual asunto de actualidad, por lo que, así las cosas, este realizaba dos tareas: escribir el artículo de opinión al calor de la candente actualidad, e insertar con tal excusa luminosas píldoras de saber filológico que, de este modo, eran divulgadas entre un público amplio.

Tres de los más insignes libros de este autor son compilaciones de sus escritos publicados en prensa o inventarios de anécdotas periodísticas o literarias, y en cada uno de ellos figura esa parte alícuota de dedicación al lenguaje, fundamentalmente a través del desenfadado y riguroso apunte lexicológico. Los volúmenes de que hablamos son: *Cartas batuecas* (1992), *El jardín de las víboras* (1996) y *Doy mi palabra* (1997).

En el presente trabajo, de estos tres libros se extraerán sendos capítulos o epígrafes (uno por cada volumen) con el objeto de analizar el antedicho componente filológico, para lo cual antes de nada urge tratar de dicho concepto, pues, no en vano, la filología implica algunas confusiones de índole epistemológica que conviene elucidar en pos de erigir una contrabasa sobre la que sustentar el subsiguiente armazón justificativo.

Dan Munteanu Colán (2017) diferenciaba de manera ampliamente aclaradora la disciplina lingüística de la filología, señalando que esta última vendría a ser “una ciencia auxiliar de la historia y de la historia literaria” (p. 11), y aun coincidiendo parcialmente con la lingüística, en tanto que esta “estudia una cultura desde la perspectiva de la lengua” (p. 11), la filología abarcaría mucho más que al texto entendido “sólo como un hecho lingüístico” (p. 11). Así lo sintetizaba el propio teórico:

Resumiendo, la lingüística estudia los hechos de lengua o de lenguaje, mientras la filología se interesa por la información cultural transmitida por el texto. Por eso, no siempre es efectivo y aconsejable trazar una línea de demarcación muy rígida entre lingüística y filología. La interdependencia de las mismas es innegable. Sus objetivos y planteamientos no son los mismos, los enfoques son diferentes, cierto, pero siempre complementarios (p. 13).

Citando a Coseriu, seguía apuntando Munteanu (2017) el hecho de que la filología viniera a proporcionar a la lingüística todas aquellas informaciones no deducibles solo de lo lingüístico textual (p. 15). Queda claro, así, que estamos ante una cuestión de perspectiva, siendo la ciencia filológica la que contiene el continuo evolutivo que es la lengua, cuya evolución es contemplada y registrada por dicha disciplina.

Tenido lo antes anotado en consideración, el propósito del presente trabajo es demostrar cómo Jaime Campmany desarrolla en muchos de sus artículos, glosas u opúsculos, una labor con fehacientes tintes filológicos, no en vano en tales textos tiende a historiar e indicar las razones y contextos por los que determinados términos han ido siendo puestos en liza, además de exponer cómo dichos usos, a su vez, han ido sufriendo

modificaciones de tenor semántico. Deja claro Campmany en muchos de sus textos esa evidencia que tan afinadamente apuntaba Bernard Pottier (1976):

A pesar de la estabilidad relativa que hace que hoy me exprese como ayer, el sistema todo se halla afectado por un movimiento, lentísimo pero continuo, que lo transforma sensiblemente. Nadie negará que el sistema verbal del castellano antiguo es diferente del sistema verbal del español actual. Sin embargo, nuestros antecesores no tuvieron el sentimiento de que modificaban el sistema a medida que hablaban (p. 11).

Campmany desarrolló a lo largo de sus años como columnista un profundo trabajo en el sentido antedicho, pues gustó de recuperar palabras vetustas y de contarnos sus genealogías, contribuyendo a enriquecer y a salvaguardar ingentes porciones de nuestro acervo lingüístico. Tratando de lo lexicológico-semántico, Becerra Hiraldo (2009) señalaba lo siguiente:

Desde la lexicología reflexionaremos sobre la palabra, como elemento del vocabulario: la estructura del subsistema léxico y las relaciones entre sus elementos, la esencia del significado lexicológico. Desde la semántica abordaremos la semántica léxica: estructuración de los significados, aspecto semántico de la formación de palabras (p. 9).

Tal procedimiento es el que, en muchas ocasiones, haría Campmany en la página del periódico cuando desarrollaba apuntes lingüísticos desde dichos planos.

1. METODOLOGÍA

En el epígrafe introductorio se ha apuntado el objeto de estudio de este trabajo: el ejercicio filológico que en reiteradas ocasiones vino realizando (haciendo uso de un característico desenfado) Jaime Campmany en sus artículos en prensa, para lo cual se ha discernido entre Filología y Lingüística, aclarándose que la segunda de las disciplinas se centraría meramente en el estudio de la lengua en un sentido sincrónico en tanto que la primera lo haría apoyada en un marco histórico (diacrónico), que dejaría ver la evolución obrada en los vocablos y estructuras de una lengua a lo largo del tiempo. Tal premisa, la vocación filológica de Campmany, que estaría de fondo en mucha de su escritura periodística, es el objeto de nuestro artículo, esto es, la demostración de cómo Campmany, movido por un filológico interés, habituaba a indagar en el surgimiento y evolución de determinados vocablos que han llegado hasta nosotros siendo objeto de mayores o menores usos. Y para llevar a cabo dicha demostración principiaremos incursionando en algunos detalles de la biografía de Campmany que contribuyan a entender el temperamento escritural de este. El método aquí seguido es de tenor deductivo, toda vez que comenzamos el trabajo

partiendo de unas hipótesis que queremos demostrar mediante el análisis de una serie de textos.

2. ACERCA DEL ESTILO LITERARIO DE JAIME CAMPmany

Jaime Campmany fue un escritor harto coherente, ya que no engañó a nadie ni en lo tocante a su ideología ni con respecto a su gusto literario y escritural. Acerca de tales lealtades hablaba José Antonio Zarzalejos (2005) en un artículo necrológico tras el óbito del columnista murciano. Asimismo, fue un barroco conceptista que, ateniéndose a tales maneras, plasmaría su ideario, tanto zahiriendo a sus adversarios ideológicos como manejando un léxico riquísimo y variado que, en ocasiones, sometía a análisis, explotando las posibilidades de determinados vocablos de manera neológica, o elucidando la génesis de tales o cuales palabras o expresiones. Francisco Umbral (1993) glosaba de manera sucinta y entre lírica y desenfadada ciertos rasgos de la poética campmanyana: “Jaime Campmany, un barroco que viene de Villarreal y entronca con el cheli, un satírico entre el XVII, la vida que pasa y los decires de Murcia, con mala intención de bigotillo” (p. 2014).

También, otro escritor de línea animada, Juan Manuel de Prada (2005), en asimismo necrológica columna publicada el día después de la expiración de Campmany, aludía al tan característico estilo del, en ese momento, recién malogrado articulista, y lo hacía de manera considerablemente gráfica y plástica, por lo tropológica:

Jaime Campmany era exacto como un metrónomo en la elección del epíteto, lacerante en el sarcasmo, olímpico en la sátira; en sus manos, el lenguaje se convertía en un acordeón dócil, se incendiaba de una alegría lujuriosa, se teñía de una melancolía secretamente doliente, se tornaba lacerante como una daga o se remansaba en la evocación, brindando siempre esa nota temblorosa, mordaz o lírica, que amargaba el desayuno a sus enemigos (¡ay de quien Campmany Campmany eligiera como diana de sus dardos!) y hacía levitar de purísimo gozo a la cofradía siempre creciente de sus lectores (p. 8).

Miguel Sánchez-Ostiz (1996), en su crítica a *El jardín de las víboras*, también nos compartía unos breves apuntes sobre el estilo campmanyano: “El suyo es (por si no se han dado cuenta) un estilo bronco y tierno, rico, ágil, el de un creador o cazador de adjetivos insólitos” (p. 21). En definitiva, estamos ante un barroco paradigmático; no en vano, las palabras de Chevalier (1995) destinadas a Quevedo, le pueden ser atribuidas al propio Campmany:

El arte de Quevedo (1580-1645) combina una prodigiosa riqueza de léxico (que va desde el cultismo latinizante hasta la jerga de los picaros y las creaciones burlescas), el uso de un vocabulario fuertemente expresivo (prefiere decir “chupar” a “beber”), el empleo de una gramática atormentada (emplea el sustantivo como adjetivo, el verbo y el adverbio como sustantivos, etc.) y el recurso constante a muchas figuras características; la imagen brutal, la hipérbole, el equívoco, el apodo (o comparación degradante), la paranomasia, etc. (p. 112).

Aurora García González y Lourdes Román Portas (2018) señalaban cómo, desde un bagaje vital que comprendió muy variadas vicisitudes históricas (la dictadura de Primo de Rivera, la II República, la Guerra Civil, el franquismo, la transición y la democracia), no en vano vivió de 1925 a 2005. Así, su coherencia de vida y obra fueron algo reseñable al igual que su forma de generar un énfasis que acabó siendo elemento idiosincrásico de su escritura, consistente en hacer uso constante de la amplificación, recurso retórico puesto en liza, por lo común con el propósito de generar efectos multiplicativos de lo antedicho.

Parafraseando a Francisco Umbral, Antonio Fernández Jiménez (2021) hacía alusión a su “prosa castiza, dialectal, faltona, divertida, académica y de mala leche” (p. 6) y lo aludía como un “murciano dialectólogo que se sabe palabras de la huerta” (p. 6). También se refería a sus más de quince mil columnas.

Importante apunte se nos antoja el que hacen Carmen Castelo Blanco y Antonio Fernández Jiménez (2019):

La infancia de Campmany transcurrió felizmente entre su familia, especialmente durante los meses de verano en la finca de Santo Ángel, de su abuelo Emilio, rodeado de naturaleza y de largos ratos de juegos y pláticas con su bisabuela Laura y su tata Felisa, dos mujeres de gran espontaneidad lingüística que usaban en su lenguaje cotidiano muchos dialectismos murcianos y palabras arcaicas que encandilaban a Jaime (pp. 175-176).

Otro hito que marcaría su talante esteticista sería su tiempo como reportero en Italia para la agencia Pyresa, de 1966 a 1971, periodo que lo unguiría con un cierto poso de humanismo renacentista (Fernández Jiménez, 2021). Al fin, nos queda el legado de un destacado escritor barroco cuya gran obra se halla más en las hemerotecas que en el ámbito de lo libresco.

3. REVISIÓN DE LOS TEXTOS Y APUNTES SIGNIFICATIVOS

3.1. “A ANTONIO MINGOTE”

El primero de los textos objeto de nuestra atención es “A Antonio Mingote”, publicado en *Cartas batuecas* (1992), un libro engrosado por epístolas a personajes públicos antes publicados en la revista *Época*, dirigida por el propio Campmany.

Comienza el escritor este artículo de una manera irónica sobre la base de una clara voluntad de estilo:

Ahora que le han hecho a usted académico de la Lengua, podría favorecerme con alguna merced para que yo pueda encontrarme más a gusto y más a mis anchas en la prisión del diccionario. Hay veces que me siento a escribir y en cada renglón tropiezo con el diccionario y me doy con la cabeza en la pared de la Academia, así que ando descalabrado y lleno de chichones lingüísticos (Campmany, 1992, p. 121).

Observamos cómo el periodista incluye una palabra de más coloquial laya (“chichón”) así como otra, patrimonial, más culta (“merced”). Además, emplea una serie de recursos retóricos como las metáforas: “la prisión del diccionario”, “en cada renglón tropiezo con el diccionario y me doy con la cabeza en la pared de la Academia”, “ando descalabrado y lleno de chichones lingüísticos”. Logra, así, Campmany, sugerir ciertas perlesías en la ejecución de las encomiendas privativas de la Academia de la Lengua por parte de quienes la conforman, atenuando en cierta manera lo expeditivo de lo apuntado. Además, se puede entrever en las líneas tejidas por Campmany un cierto agravio sentido en carne propia por no haber sido convocado a formar parte de la Real Casa, como lo demuestran unos versos que trae de Unamuno (todo un argumento de autoridad), subrayando que aquel tampoco llegaría a ser académico: “Acepciones corrientes del arroyo/ son las que el pueblo premia. / Acepciones de charca de agua en hoyo/ son las de la Academia” (1992, p. 121).

Aprovecha Campmany el hecho de que Mingote fuera a ostentar el sillón “r” para sugerirle la inclusión del término “rojelio” (palabra que comienza por dicha letra) como antagónico (o meramente antitético) equivalente, en el flanco zurdo del ideario político, de “facha”, y lo justifica (sin perder un ápice de la antedicha ironía) como un modo de rubricar la reconciliación nacional: “Ya hemos convertido al ‘fascista’ en ‘facha’, y al ‘rojo’ en ‘rojelio’, luego algo vamos avanzando en lo de enterrar a las dos Españas, o, al menos, en lo de nombrarlas en paliativo” (Campmany, 1992, pp. 121-122).

El periodista continuaría en su artículo desarrollando una digresión de carácter lexicológico y jugando con el campo léxico de dicha raíz en su dimensión adjetival:

Tiene usted que meterme ahí “rojelio” y “rojerío”, que es otra manera suave y blanda de referirme a la España tuerta del derecho [...]. Esa familia de vocablos quedaría completa o casi completa con la palabra «rojales», que serviría para designar al que tira hacia el rojo sin llegar a rojelio. En mi tierra llaman “rojales” (así, en plural, porque es palabra que no admite el singular) al rubio que tira a rojizo (Campmany, 1992, p. 122).

Continúa Campmany, ya hacia el final de la pieza, con una digresión anclada a la precedente en la que juega con un nuevo campo léxico y yendo más allá de lo puramente teórico-abstracto al adjudicar sus hallazgos a según qué personalidades públicas.

Nos ofrece el periodista sus consideraciones acerca de un término coloquial cuyo uso generalizado se le antoja motivo suficiente como para figurar en el Diccionario de la Academia, avalando, asimismo, de manera teórica, de qué tintes y connotaciones lo dotaría el sufijo que se le acabó adhiriendo al antes instaurado en el común uso “rojo”.

3.2. “SURIPANTA”

Otro de los libros del autor aquí tratado objeto de nuestra atención es *El jardín de las víboras*, en el cual reside un pasaje (“Suripanta”) donde Campmany lleva a cabo todo un despliegue de dones literarios y desenfadadamente eruditos en pos de la elucidación de la procedencia y del primigenio significado de dicho vocablo.

En este epígrafe, Campmany reconoce que en cierta ocasión hizo uso de dicha palabra, la cual había tomado directamente del lexicón de su bisabuela, doña Laura de Vicente y Selgas (aupada en ocasiones a la nómina de personajes de su columnismo, hecho razonable toda vez que ejercería no poco lexicológico influjo en él, como se ha apuntado más arriba), y al hacerlo caía en la cuenta de que desconocía la procedencia de dicho término. Mas, con anterioridad a interrogarse por tal origen, nos trasladaba las acepciones con que su bisabuela hacía uso de dicha palabra u otra semejante cuando de referirse a una dama casquivana se trataba:

Pelandrusca lo reservaba para la zorra, más o menos desorejada y generalmente de medio pelo, que de una u otra manera buscaba provecho en el trance, es decir, que comerciaba con la herramienta, aunque no cobrase por tarifa a tanto el servicio como hace la puta profesional, ya sea puta acuartelada o puta peripatética. Y suripanta lo aplicaba a cómicas, coristas, triples y vicetiples, carne de proscenio y candileja, pécoras trashumantes y corderas de cartel (Campmany, 1996, pp. 25-26).

Si en el texto antes comentado, Campmany se entregaba más a los campos léxicos, aquí hace más hincapié en lo semántico, pues desgrana una abundosa pléyade de sinónimos más o menos equivalentes.

Y hace Campmany filología cuando, diacrónicamente, teoriza sus pesquisas sobre la palabra “suripanta”. Afirma no haber hallado en el célebre *Diccionario Etimológico* de Corominas suficiente aclaración, pues dicho enciclopedista sitúa el término en la mitad del siglo XIX, donde daba comienzo a un coro teatral, de lo que el escritor murciano colige que serviría para ayudar al compositor a adaptarse al ritmo de la letra, o que meramente sería una de esas palabras carentes de sentido hallables en las populares tonadas (Campmany, 1996).

También ofrece el periodista remozada y actual muestra de la tradición oral, debido a que nos indica el hecho de que recibiese una llamada desde Andalucía que lo ponía en cierta pista de la procedencia de “suripanta” y señalándole el informador que tal versión se la había legado su abuela. Así lo relataba Campmany:

[...] apareció por aquella ciudad una compañía lírica en la que cantaba una tiple italiana llamada Margarita Suripanta. La tal Margarita, después de encamarse con media ciudad y parte de la provincia, se enredó en relaciones formales con un señor Sánchez [...] (Campmany, 1996, pp. 26-27).

Parece ser que el tal señor Sánchez defendía el honor de doña Margarita ante la marabunta de habladurías, hasta el punto en que un amigo hubo de escribirle un epigrama un tanto soez con el propósito de que tales versos contribuyesen a extraerlo de su candidez (Campmany, 1996).

3.3. “GILIPOLLAS”

Habituaba a clamar Campmany por una mayor agilidad y premura cuando de incluir en el académico *Diccionario* determinados vocablos que el habla viva de a diario enaltecía a través del uso frecuente se trataba, y lo acostumbraba a hacer de manera tropológica: “Los sesudos varones de la Academia han metido, por fin, la palabra ‘gilipolla’ o ‘gilipollas’ en el *Diccionario*. Los sesudos varones de la Academia son como tardos y despaciosos bueyes que acarrear materiales al *Diccionario* con solemne lentitud” (Campmany, 1997, p. 160).

Reivindicaba el escritor murciano un academicismo extraacadémico, o, dicho de otro modo, la figura del escritor que modela el lenguaje, entre otras maneras, moldeando el léxico que, posteriormente, taxidermizarían los estudiosos de lo lingüístico:

Unos andamos peleando con las palabras, cincelandolas a golpes o a caricias, y luego vienen los filólogos, los lingüistas, los gramáticos, los semánticos, y las cazan, las analizan, las ponen bajo el microscopio, las clasifican y las definen en el Diccionario. Uno se descuerna por pillar viva la palabra y echarla a volar, y ellos la enjaulan y la disecan (Campmany, 1997, p. 160).

Al fin, lo que hace Campmany es un registro de nuevas palabras, neológicas, jerguísticas y vulgares compensando lo que enuncia como una desatención de la Academia o preservándolas negro sobre blanco para que, en un momento dado, se hallen prestas si, dándose la circunstancia, se las reclamara a tal efecto.

Ese es el caso de la palabra “correlindes”, usada por Campmany para referir ciertas espurias versatilidades fruto del oportunismo (Campmany, 1997). Por supuesto, pasa el literato en este escrito a poner en liza una serie de conjeturas y razonamientos de índole lexicológica, e incluso cita a autoridades como Lázaro Carreter o Rafael Lapesa.

CONCLUSIONES

El escritor murciano Jaime Campmany fue uno de los más célebres barrocos de estirpe conceptista que han dado las letras españolas en las últimas décadas. Gustó de jugar con el lenguaje manejándose muy afinadamente en todos los planos desde los que la lengua es susceptible de ser analizada, pero fundamentalmente mostró especial interés en lo lexicológico-semántico, al respecto de lo cual muchas digresiones dedicó en su columnismo llegando a emparentar con lo lingüístico-filológico en no pocos de sus filosos y, por lo general, cáusticos escritos en prensa.

Como le sucediera a Francisco Umbral, a Campmany le quedó el resquemor de la Academia. Los dos vivieron de la escritura, cosa harto satisfactoria para tamaños polígrafos, pero ambos eran conscientes de que su manejo del lenguaje y su portentosa facultad como remozadores y creadores lexicológicos habría de haber sido suficiente aval como para ostentar uno de los sillones de la institución.

Así las cosas, Campmany lanzaba algún que otro zaheridor dardo contra el academicismo con académica y estilística impronta, no en vano hizo academicismo de manera divulgativa desde la tribuna de prensa dedicando algunos de sus textos a comentar

y analizar los periplos seguidos por determinados vocablos a lo largo del tiempo, o a observar cómo de unas palabras han ido brotando otras, tomando como base el lexema y jugando con los morfemas derivativos.

En este trabajo hemos analizado ejercicios de carácter más lexicológico cuando Campmany teorizaba, verbigracia, sobre el término “rojelio”, apuntándolo como complementariamente inverso a “facha”, y llegaba a reivindicar la entrada de este en el *Diccionario*. También aludía a “rojerío”, que, no sabemos si por intercesión de Campmany o no, acabó por incluirse en el insigne registro como “conjunto de personas de ideología izquierdista”.

En un plano más semántico, dejaba anotadas sus indagaciones al respecto de la evolución significativa de “suripanta”, compartiéndonos sus librecas pesquisas al respecto de tal ejercicio de elucidación, así como las indagaciones por otras vías allende diccionarios como el *Corominas*.

Asimismo, hemos comprobado cómo se hacía eco de las hablas más jergales, llegando a reivindicar su uso en tanto que estas vendrían a otorgar mayor precisión a la alusión a según qué personas y realidades. Aludía, por ejemplo, a “correlindes” para señalar a muy concretos oportunistas.

A Jaime Campmany, al fin, se lo conoció fundamentalmente por los escritos de tenor sociopolítico, pero lo lingüístico siempre marcó la impronta fuese cual fuese el fondo temático trasladado. El lenguaje siempre sostuvo los asuntos tratados.

Campmany, en cualquier caso, se manifestó como un amante del lenguaje, al cual cuidó y enriqueció línea a línea, siendo, al fin, este, su gran tema, si bien dicho interés quedó subsumido en la contienda política, al servicio de la cual habituaba a poner tan magno arsenal lingüístico (como hicieran los clásicos barrocos), zahiriendo literariamente al adversario; por tal motivo no deja de antojarse perentorio seguir indagando y analizando, ya con perspectiva, por entre el nutrido depósito columnístico que nos ha legado, otros dones más allá de lo meramente opinativo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BECERRA HIRALDO, J. M^a (2009). *Comentario lexicológico-semántico de textos*. Arco.

- CAMPMANY, J. (1992). *Cartas batuecas*. Temas de Hoy.
- CAMPMANY, J. (1996). *El jardín de las víboras*. Espasa.
- CAMPMANY, J. (1997). *Doy mi palabra*. Espasa.
- CASTELO BLASCO, C. & FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, A. (2019). García Martínez y Jaime Campmany. Murcianía y periodismo, *MVRGETANA*, (140), 173-194.
- CHEVALIER, M. (1995). Conceptismo, culteranismo, agudeza. *Cuaderno Gris*, (1), 107-115.
- DE PRADA, J. M. (14 de junio de 2005). Hazme un café, Conchita. *ABC*, 8.
- FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, A. (2021). El romance periodístico de Jaime Campmany como modelo de periodismo literario en la España de finales del siglo XX. *Disertaciones*, (14).
- GARCÍA GONZÁLEZ, A. & ROMÁN PORTAS, L. (2018). El valor argumentativo de la enumeración en las columnas periodísticas de Jaime Campmany. Una aproximación cualitativa. *Ámbitos*, (40).
- MUNTEANU COLÁN, D. (2017). *Breve historia de la lingüística romántica*. Arco.
- POTTIER, B. (1976). *Lingüística moderna y filología hispánica*. Gredos.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, M. (21 de junio de 1996). El jardín de las víboras. *ABC Cultural*, 21.
- UMBRALE, F. (1993). *Crónica de esa guapa gente*. Planeta.
- ZARZALEJOS, J. A. (14 de junio de 2005). Ocho horas con Jaime Campmany. *ABC*, 3.